



EL REY BASTILLO

DE

DINAMARCA.

PRIMERA PARTE.

Escucha auditorio noble,
una Historia verdadera,
que en láminas de oro y bronce
era bien, que se esculpiera;
aunque para referirla
me valdré de la Suprema
Sacrosanta Trinidad,
porque aunque muchos Poetas
invocan del Dios Apolo
su mentida subtileza,
y de la fuente Helicon
dicen, que beben sus tersas,
como cristalinas aguas,
invocando la asistencia
de las Musas que ellos dicen
que son nueve, segun cuentan,
todo es fábula, y mentira;

porque solo la Suprema
Inteligencia Divina,
réparte su mano escelsa
la gracia á todos los hombres,
sin ninguna competencia.
En esta pues, confiado,
daré principio á la letra:
y digo, que en Dinamarca,
Ciudad populosa, y bella,
cuyos altos edificios
asaltan á las Estrellas,
el Sol oculta sus rayos
temeroso de que puedan
sus altas puntas herirle,
dejando á oscuras la tierra.
Era Rey de este Emisferio,
Basilio el Grande: que era

amado de sus vasallos,
por su virtud, y prudencia;
que aunque es verdad que los Reyes
por su sangre siempre heredan
sus Monarquías, no todos,
los cariños se grangean,
que esto alcanza la razon,
y la razon no es herencia;
este tal prudente Rey,
tiene una hermosa Princesa,
única, porque su madre
pagó la forzosa deuda
en su parto, no atendiendo
la parca torpe, y grosera
su Corona, porque á nadie
esta fiera la respeta.
Crióse esta hermosa niña,
como ya dije heredera
de Dinamarca, y su Imperio,
y el Cielo dió á manos llenas
á aquella Princesa hermosa
dones de naturaleza:
era en discreta Athalanta,
y Venus en la belleza,
Semiramis en lo fuerte,
y Palas en gentileza;
que aquella manzana de oro
sin duda á ella se le diera.
Como es hermosa, y bizarra,
y de su Reino heredera,
los Príncipes confinantes
pretendian su belleza;
entre los muchos Señores,
que asisten á la grandeza
del gran Rey de Dinamarca,
está un deudo suyo, que era
el Conde Don Federico,
General de mar, y tierra:
es discreto, y entendido,
y siendo Marte en la guerra,
por su valor invencible,
en la Corte Adonis era,
es muy querido del Rey,

tanto que lo que aconseja,
eso es lo que se hace
sin ninguna diferencia.
Tenia el Conde una hermana,
que es bellísima Duquesa
en sus Estados, que nunca
hizo en la Corte asistencia.
El Conde Don Federico
habló un dia á la Princesa,
diciendo: Dueño, y Señora,
hermosísima Princesa
ya es tiempo, Señora mia,
el que vuestra mano bella
en un Principe se emplee
de tantos como desean,
como rendidos Esclavos,
lograr dicha tan suprema.
La Princesa le responde,
diciendo de esta manera:
Conde yo tengo un retrato
dentro en mi pecho, y quisiera,
que su dueño fuese solo
quien lograse mi belleza,
mi Corona, ó mis Estados;
y como aquesto no sea,
no se canse el Rey mi Padre,
ni mi Reino lo pretenda.
Respondió el Conde, Señora,
muéstremelo vuestra Alteza
que yo empeño mi palabra
de hacer vivas diligencias,
aunque en el cabo del Mundo
ese Principe estuviera.
La Princesa luego al punto,
metiendo su mano bella,
sacó del pecho un espejo,
y se lo dió muy risueña;
el Conde quedó turbado,
y le dice la Princesa:
Pues, Conde, de qué os turbais?
Y el Conde le respondiera:
Princesa, y Señora mia,
es posible de que quieras,

habiendo Principes tantos,
que aspiran á tu grandeza,
pagarte tan mal, Señora?
Mira, advierte, y considera,
el que yo soy tu vasallo,
tú mi dueño, y mi Princesa.
Ya he llegado á declararte
le dijo en palabras tiernas;
y así, Conde tu has de ser
el que ciña esta Diadema.
Considere aquí el discreto,
cuando ruega una belleza
cuando una Corona obliga,
y un Reyno se le presenta,
que pudiera hacer ninguno,
sino admitir la propuesta;
respondióle cortesano.
Y Cupido con dos flechas
hirió sus dos corazones
recíprocos, de manera,
que se beben los alientos;
pero esto con la decencia,
porque nunca á lo atrevido
abrieron la franca puerta.
A este tiempo á Dinamarca
le puso guerra Suecia,
y el Rey entonces, al Conde
lo envió, para que fuera,
como su gran General,
á resistir tanta fuerza.
Obedeció el Conde, y luego
se fue á ver á la Princesa
diciendo lo que su Padre
manda, dispone, y ordena:
la Princesa aunque sentia
de Federico la ausencia,
con ánimo generoso,
para que fuera le alienta:
presentóle un Cisne hermoso
que sin duda alguna era
de aquel Carro fabuloso,
que han fingido los Poetas.
Mucho lo agradece el Conde,

y á su hermana la Duquesa
cuenta dá de su partida,
y su hermana le presenta
armas, y una Compañia
de esclarecida Nobleza,
para la guardia, y custodia
de su persona discreta.
Partió luego Federico,
dándole al aire banderas
desplegando tafetanes;
y las cajas, y trompetas
para la Princesa hermosa
son saetas que atraviesan
aquel corazon amante
de la constante firmeza.
Fuese el Conde, donde dejó
en sus marchas, y en sus guerras
por decir, que en Dinamarca,
en aqueste tiempo entra
de Albania un Embajador;
y así que tuvo licencia
de presentar su Embajada,
va pidiendo la Princesa
para el Príncipe Albanés;
y viendo las conveniencias,
que al Reino de Dinamarca
se siguen de esta propuesta:
El Rey, y el Consejo todo,
sin dar cuenta á la Princesa,
otorgaron la Embajada
con alegría, y con fiestas;
y despues de ya otorgada
le dan cuenta á la Princesa,
la cual pesarosa, y triste
viendo á su amante en la guerra,
y viendo, que de este lance
no tiene quien la defienda,
y que toda Dinamarca
que se case le amonesta,
mirando por este lazo
del Reyno las conveniencias:
solloza, gime, y suspira,
sin tener quien la defienda;

En esto un año pasó
 cuando vino de la guerra
 el General Federico,
 victorioso, de manera,
 que banderas, y despojos
 dicen su victoria escelsa.
 Y con aquestas noticias,
 previenen solemnes fiestas
 en la grande Dinamarca;
 y fue para la Princesa,
 juzgando fuese su alivio,
 noticia, que mas le alegra.
 Entró el Conde, y luego al punto
 á recibirle saliera
 el Rey con todos sus Grandes;
 salió tambien la Princesa
 en carroza de cristales,
 á darle la enhorabuena.
 Muy alegre estaba el Conde
 cuando el Rey le ha dado cuenta,
 como tenia casada
 á su hija la Princesa;
 el Conde quedó turbado,
 y embargadas las potencias;
 tanto, que al Rey pareció,
 que aquel accidente era
 que le asalta de repente;
 y luego al instante ordena,
 que le lleven á su casa,
 cuidando de su asistencia.

La Princesa luego al punto
 al Conde escribió dos letras,
 diciendo, que aquella noche
 de su jardín á la reja
 le espera sin falta alguna.
 Y el Conde fue con presteza,
 y antes que el Conde llegase,
 le conoce la Princesa;
 le dice: Conde, y Señor,
 muchas desdichas me cercan,
 yo muero desesperada,
 si es que tu no lo remedias:
 llévame, mi bien de aquí,
 que donde quiera que fueras
 quiero ser pobre á tu lado,
 y no en Dinamarca Reina.
 El Conde le respondió:
 No es posible, mi Princesa,
 porque será gran traicion
 á mi sangre, y mi nobleza.
 La Princesa, que le vió
 tan semejante respuesta,
 corrida, y desesperada
 le dice de esta manera:
 aleve, Conde, mal me pagas
 mi cariño, y mi firmeza;
 y cerrando la ventana,
 se fue á llorar. Donde deja
 Bernardo de aquesta Historia
 aquesta parte primera.

FIN.

*Sevilla, Imprenta de la Viuda de Caro, calle de Génova núm.
 11 nuevo, donde se hallará gran surtido de Historias,
 Romances, Relaciones, Estampas de á
 medio pliego y Novenas.*